MUJERES LIBRES



Núm. 3

SUMARIO

CULTURA Y DOCUMENTACIÓN SOCIAL

Después de la guerra, las mujeres, que habían sido brutalmente arrancadas al ritmo puramente animal de su vida anterior, se encontraron en la linde del futuro aturdidas y desamparadas bajo la tormenta social, sin otro bagaje que una abrumadora impedimenta de ideas y sentimientos caducos.

Todo lo que hasta ayer había sido su vida—familia, hogar, religión—se había derrumbado al fragor de los cañones, y su timidez de antiguas enclaustradas se convirtió al entonces en una agorafobia infinita ante un porvenir ancho y desnudo que era preciso cruzar con sus pies inexpertos.

Esta angustía era mundial, pero donde alcanzó proporciones ingentes, por motivos que no son difíciles de suponer, fué en Alemania. Cierto que aquí ya antes de la guerra una «élite» de mujeres audaces iban a la cabeza del movimiento femenino universal; pero no es menos cierto que el tipo medio de la mujer alemana era la perfecta casada, o dicho de otro modo, la perfecta ama de casa; el cuidado y el mimo del hogar alcanzaba en aquel país un refinamiento difícil de adquirir entre nosotros por diversas razones. Y cuando la angustia llegaba al paroxismo surgió Hitler predicando la vuelta al hogar, al calor de una protección vigorosa y tibia; y la mujer no adaptada, no reeducada aún a las nuevas condiciones de vida, volvió los ojos desesperados hacia aquel deslizamiento ciego y estúpido que había sido su vida anterior, creyendo hallar en él la salvación a su angustia presente.

Triunfó Hitler; de como cumplió su promesa nos habla el profesor Berneri en la revista «Tiempos Nuevos», de Barcelona. «No se puede hablar de fascismo—dice—sin ver correr ríos de lágrimas femeninas.»

No traemos esto a mención para dolernos, dolernos sería cobarde; cuando pedimos para la mujer el máximo derecho, la libertad, aceptamos para ella el máximo deber: el sacrificio. Vamos a la conquista del porvenir con la más alta responsabilidad de nuestros actos; en la obra común es justo que el dolor y la alegría se repartan por igual, que llevemos a medias la cruz, y aun no queremos que nuestra parte sea la menos pesada.

Ha sido una extraña coincidencia que ha golpeado dolorosamente nuestro corazón, la que nos ha llevado a evocar aquel dolor y nos ha empujado a meditar.

Esta noticia inquietante nos llega de Moscú: Zenl Muhsam, la viuda de Eirich Muhsam, asesinado vilmente por los «nazis» en un campamento de concentración y cuyo aniversario se ha conmemorado en la segunda semana de julio, ha desaparecido súbitamente.

Hace aproximadamente un año que Zenl llegó a Rusia con objeto de ultimar los detalles de la publicación de las obras de su compañero. Parece que en los primeros momentos fué recibida con simpatía e interés. Fruto de esta cordialidad ha sido la confianza con que Zenl Muhsam ha depositado los manuscritos de Eirich en manos de las autoridades soviéticas. Luego... ha desaparecido.

Y no ha sido una fuga, ni una desaparición voluntaria, ni fortuita o casual. Alguien sabe donde está y lo que es de ella.

Zenl Muhsam ha sido secuestrada; quien sabe si a estas horas camina para Siberia.

Un extremecimiento de horror sacude nuestras entrañas, porque es necesario apuntar someramente: el hecho ha tenido lugar en Rusia.

Hacia Rusia es hacia donde la inquietud de muchas mujeres «nuevas» vuelve los ojos esperanzada. Propagandistas verbosos y profusa literatura nos han dado a conocer una Rusia quimérica, paraíso de las mujeres; y ahora, de pronto, la noticia apuntada dejará perplejo al Mundo femenino, ¿no ha de interrogarse de donde proviene esta extraña coindiencia entre la Alemania fascista y la Rusia sovié-

tica? ¿Cómo pueden encontrarse el oriente y el poniente, lo que vuelve la cara al ayer y lo que mira hacia el mañana? ¿Sobre qué base común se levanta este Hermes desconocido?

Sobre la sumisión—contestamos nosotras—, sobre la política, que es la negación suprema de la libertad.

Por ley natural todo lo que está establecido tiende siempre a conservarse, y la política no es otra cosa que la actividad conservadora de las cosas estatuídas; y, ésto, aunque se disfrace de todos los colores del arco iris, no es, no puede ser jamás, la política un instrumento revolucionario; las revoluciones las hacen los hombres, la política las anquilosa y las anula, sustituyendo la acción vital y progresiva de las multitudes por rimeros de papel impreso, por «Gacetas» y Códigos.

En Rusia, como en Alemania, si alguien intenta ir más allá de la «Gaceta» o del Código—no importa que preconice una justicia más amplia, un sentimiento más humano—la política, la actividad conservadora, le declara su enemigo y le anula en Rusia como en Alemania. La política es el grillete de los pueblos y los pueblos han de limarlo si quieren ser libres.

Entre tanto, que los que levantaron su voz por la liberación de Ana Pauker, si fueron sinceros, que la unan a la nuestra para protestar del secuestro de Zenl Muhsam, en Rusia.

Sobre el delito de la obediencia

Claro está que la Libertad no es un accidente. Puede el sér esclavo estar libre. Y dentro de una sociedad de esclavos lo fundamental es romper la corteza de los libres de espíritu para que muevan su libertad externa y liberar a los sepultos en su quietud de bestia, a fin de que conquisten su alegría de movimientos. El que no tiene libre el alma no sabe usar la libertad de afuera; y busca sometimiento irracional para que la vida tenga por lo menos el fin de obedecer.

La primera virtud es la desobediencia. Pero querríamos que la desobediencia tuviera argumento de razón, o que no tuviera ninguno a fuerza de intuir todos los argumentos del Universo. Un eterno descontento es un agitador, y tiene de bueno y de notable que desatasca a los rezagados, remisos, dinámicos en potencia, estáticos..., que al hallar ante ellos una rebeldía sin fin, tornillo al viento trágico de la impaciencia sin objeto, saltan sobre lo que se debe hacer y que no vió el desobediente específico.

Fomentemos, pues, la desobediencia. En primer lugar, porque se trata de formar el espíritu, la desobediencia de tipo íntimo: contra lo que se llama destino, predestinación, ambiente y sentimiento. Libres del lastre que somos para nosotros mismos, ya andaremos en condiciones de desobedecer lo ajeno. Porque no se puede rebelar un sér contra un mecanismo complicado si no sabe hacerlo contra el simple mecanismo de un instinto suyo, una pasión o un deseo. La libertad comienza en nuestra propia conciencia. Y no habrá miedo de que nos demos, voluntariamente, a algo, si sabemos dejarlo cuando queramos. La fatalidad encubre la holgazanería. El destino es, sin duda, la justificación de un sér abúlico.

Hay, pues, que fomentar la pasión.

Pues en la pasión, por cualesquiera cosa, hay siempre una fuente de recursos lícitos aprovechables perfectamente. Con pasión un espíritu puede captarse a sí mismo; la pasión derivará de objetivo, pero no se perderá. Y juntándola a la desobediencia obtendremos un arquetipo bien provechoso.

El problema no es ya de sumar, restar, ni siquiera separar operaciones aritméticas. El problema es distinto para cada sér y el sér debe decidir en cada caso. Una conciencia equilibrada andará cauta en adoptar posición firme, pues ahí empezaría la sumisión, la obediencia. Y un rebelde sempiterno no haría sino señalar rutas y alientos que no completaría jamás.

Pero el sér consciente, libre y dueño de sus sentidos y de su inteligencia, sabría emplear el valor inmenso de su desobediencia en razonarse dentro del cosmos, en servir de ejemplo ejemplar ante los otros seres. En superarse, parfeccionarse, enriquecerse de dones, está la raíz de la desobediencia fundamental: que una sociedad donde todo esclavo es eslabón del otro esclavo, se romperá el día en que el primero sepa hábilmente cortar el hierro sin herir la carne del compañero y oponiendo a la caída de lo que se sostiene por fuerza un hombro donde ya esté erguida la Norma que otros podrán superar y ninguno rebajar de pasión ni de perfección.

Porque lo que no hay que olvidar es esto: que no podemos tampoco obedecer a la masa cuando ésta se empeñe en perderse y en perdernos.

FLORENTINA

Cartagena, junio 1936.

LA MUJER EN EL MOVIMIENTO HUELGUISTICO FRANCES

Al cabo de tres semanas de huelgas «sur place», la vida en Francia va recobrando su aspecto habitual. Pudiera creerse que, aparte de la victoria obtenida por los obreros, que han ganado el pleito, todo ha vuelto a la tranquila normalidad y que ha desaparecido por completo toda emoción e inquietud.

Pero la cosa no es tan sencilla como pudiera parecer al pasearse por las calles del ruidoso París, donde los escaparates de los almacenes rebosan de objetos atrayentes; donde los mozos de café, con la misma solicitud de antes, según la categoría del café y del barrio, atienden las exigencias de su clientela; donde los edificios en construcción y las fábricas—léase prisiones—nos recuerdan una vez más los hormigueros en que cada individuo desempeña su especial misión. Las chimeneas de las fábricas exhalan de nuevo sus humos deletéreos y todo parece más alegre.

Pero los efectos de la tempestad que acaba de pasar han dejado profundas huellas, no sólo sobre aquellos que en la lucha por mejorar su situación han conseguido nuevas conquistas materiales, sino también sobre los que, de buen o mal grado, han tenido que concederlas. El movimiento huelguístico ha determinado la participación en la victoria general de elementos que hasta ahora se encontraban, si no aletargados en cuanto a la vida social, al menos en un estado de somnolienta indiferencia.

El movimiento huelguístico ha englobado en su órbita a una gran parte de mujeres francesas que estaban alejadas de todo interés social.

Miles de obreras—mujeres y muchachas—se han visto obligadas a sumarse a la corriente arrolladora de la huelga y a desempeñar un papel igual al de los hombres con los que trabajaban en la misma Empresa. Quizá es la primera vez de su vida que ellas han tenido que probar de manera tan efectiva su solidaridad en una causa común: el mejoramiento de sus condiciones vitales.

Muy recientemente todavía la mujer francesa no tenía sino una vaga idea de lo que representaba la organización sindical: la defensa de sus intereses por una organización monolítica situada al margen de su fábrica, de su taller o de su oficina y dueña de una fuerza suficiente por sí misma para obligar al patrono a concesiones de orden económico a la clase explotada. No creo exagerar al decir que la existencia de los Sindicatos era algo difuso, indeterminado, en los cerebros de millones de mujeres obreras. La vida transcurría por sus carriles habituales, sin variaciones serias, y sólo la imaginación de algunas les permitía entrever como un sueño la realización de anhelos profundamente escondidos, el logro de riquezas ultraterrenas: comer hasta saciarse, descansar plenamente y..., quién sabe —tan arriesgado parecía este deseo—: contemplar la verde y fresca hierba del campo...

Y he aquí que, de pronto, alguien propone permanecer en la fábrica, en el taller, y no salir de allí mientras no se concedan algunos francos más para comer un poco mejor, algunas horas menos de trabajo para poder reposar un poco más, una vacación anual retribuída...

Si hasta aquí la mayor parte de los hombres se daban cuenta, más o menos vagamente, de lo que era el Sindicato obrero y quizá de la necesidad de organizarse en su seno, como no dejaban de decirles los obreros revolucionarios más conscientes y ya organizados, la mujer continuaba alejada de todas estas «tonterías».

Y he aquí que, hoy, una fuerza, todavía inconsciente quizá, ha obligado a la mujer francesa a caminar al lado de su camarada el hombre. El primer destello de consciencia y de comprensión era éste: el hombre, o sea el amigo, el compañero, el vecino, no es ya sólo un sér perteneciente al otro sexo, sino que es alguien que sabe defender los intereses de ella y luchar con el mismo tesón por su propio mejoramiento y por el de la mujer y que siente la precisión de acudir en su ayuda en esta lucha.

¡Cuántas mujeres de obreros, cuyo mundo se limitaba a la cocina y a los niños, se han visto obligadas a dejar sus pequeños estorbos y sumarse a la lucha, a visitar al marido, al padre, al amigo, a llevarle alimento y encontrarse en las inmediaciones de la fábrica, convertida en prisión voluntaria, con todas las demás mujeres, y con los hombres que venían a levantar los ánimos de sus mujeres, hijas, novias, para que se sostuvieran hasta el fin!

¡Qué vida más nueva! Alguien que, al llegar la noche, no acude a la llama del hogar. Esta prisión voluntaria, elegida a sangre fría y de común acuerdo por todos y por todas. El hombre, que mira ya de otro modo a la mujer que, ella también, ha aceptado la prisión voluntaria y que faltará esta noche y muchas otras noches al hogar donde su pequeño la espera... Es el camarada, es el compañero de lucha.

Para las amas de casa que están al margen, ello ha sido la aceptación, por impulso instintivo, de esta nueva lucha de todos por todos. No es la primera huelga de su compañero. Pero en tanto que antes permanecía en casa renegando, enervado, sin hacer nada, hoy está con todos sus camaradas, hombres y mujeres, juntos, en la fábrica. Y a las puertas de estas fábricas se encuentran todas las mujeres, que, juntas también, participan a su modo en la acción común.

Y la mujer del obrero y la obrera han comenzado a pensar, a sentir inquietudes, a comprender. Estas visitas a las fábricas han aportado una novedad bienhechora a la vida monótona y uniforme del ama de casa. Por otra parte, estas mujeres sentían que desempeñaban un papel social, que intervenían activamente en una causa común. Ya no se encolerizaban contra el hombre por su «testarudez», que dejaba el hogar sin pan. Lejos de esto, la solidaridad colectiva de los huelguistas ha encontrado un eco: el apoyo de la mujer, de la amiga, de la hermana, la solidaridad colectiva, aunque todavía desorganizada, de las mujeres en favor de la lucha colectiva y cada vez más organizada de los hombres.

Con frecuencia la mujer se enfurruñaba cuando veía a su hombre marcharse por la noche, después de una dura jornada de trabajo, a las reuniones de su Sindicato. ¿Para qué, se decía, malgastar así las míseras horas que tiene de reposo?

Pero durante estas semanas de huelga yo he visto a las mujeres acudir a las reuniones de los Sindicatos de sus hombres y permanecer en ellos horas enteras escuchando, mientras sus compañeros estaban voluntariamente encerrados en las fábricas. Y si ellas no comprendían siempre las frases que oían, sobre sus rostros, prematuramente arrugados, se leía la firme voluntad de «querer» comprenderlas.

A veces, la fatiga obligaría a alguna a hundir su cabeza entre los hombros, y ello no es, ciertamente, un pecado; pero «ella ha acudido», y esto es lo importante. Ella ha respirado una atmósfera que hasta aquí le era desconocida. Ya no se irá...

Se ha colocado la primera piedra.

FANNY

París, junio 1936.



LA REFORMA ESCOLAR EN MEJICO

Méjico, uno de los países más interesantes en ideario moderno, se halla completando la evolución de sus métodos educativos. Anualmente destaca sus más afamados pedagogos camino de los tres países más interesantes para la escuela primaria: Rusia, Suiza y Uruguay; desde ahí siguen su peregrinación a la patria que mejor pueda enseñarles algo nuevo en materia didáctica.

En un país revolucionario como es Méjico, naturalmente que el primer movimiento progresista, después de vencer al dictador Díaz, fué el de la Escuela.

Quería hablar de la enorme labor de la enseñanza en Méjico; para eso se necesita tiempo y espacio. Dedicaré hoy unas líneas a la Escuela al aire libre de Ciudad Victoria, en el Estado de Tamaulipas.

La escuela de Ciudad Victoria es lo que en la pedagogía moderna se llama «Escuela de la acción». En ella se trabaja con libertad, existe el espíritu cooperativo que da el triunfo a las masas; la libertad en el laborar es absoluta y la disciplina misma se impone, porque en lugar de existir las fuerzas rutinarias que constriñen el libre albedrío del niño, el deseo de renovarse y de producir hace que el mismo laborante busque métodos para abreviar, ampliar y modernizar su obra, creándose hábitos subconscientes de disciplina, sin que, conscientemente, pierda la libertad que ha de presidir todos sus actos.



La escuela al aire libre de Tamaulipas extendió sus beneficios al hogar; traspasó los límites de las aulas y llevó a las más humildes casitas, a los más miserables jacales, la idea de la escuela, yendo a enseñar a los pobres indios, oprimidos por la dictadura, que hay algo más que el amo, la tierra ajena y el dolor de los latigazos.

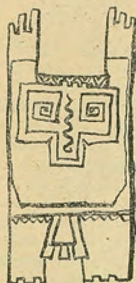
La escuela de Tamaulipas tiene instituídas tres categorías de conferencias: pedagógicas, sociales y populares. Las primeras, para maestros y personas cultas, son sustentadas por los inspectores, sobre materias puramente técnicas; las segundas son reuniones amistosas, tertulias íntimas celebradas por el personal docente, a las que asisten los ciudadanos de mayor nivel cultural del lugar, y en donde se recita, se canta, se hace música y se suscitan amigablemente controversias sobre temas sociales. También en estas reuniones se organizan juegos y deportes y un sistema de extensión cultural entre las masas. Y en las dedicadas al pueblo se celebran fiestas, se ponen en escena obras teatrales de alto valor literario y se llevan a cabo cuantos trabajos puedan contribuir a beneficiar material y espiritualmente a los indios, tan bien dotados para desarrollar cualquier clase de actividad física, artística o intelectual.

La escuela de Ciudad Victoria (Tamaulipas) lleva por bohíos y aldeas el arte vernáculo mejicano; se reúnen los maestros y alumnos en calles y plazas y ante campesinos y obreros; recitan poesías, cantan, preguntan al público para interesarle en las cuestiones intelectuales y de palpitante actualidad y hablan sobre justicia, ahorro, trabajo, solidaridad nacional, amor a la Naturaleza, etc.

La escuela de la acción enseña al niño el concepto claro de su propio valer y la persua-

sión de que, queriendo, puede dominar los elementos que tiene a su alrededor, y que la observación, la experimentación, la acción, nunca excluyeron el raciocinio.

Estos niños de la escuela de la acción cantan y celebran sus danzas al aire y bajo el sol y todos los conocimientos humanos, retrotraídos a la vida desde la Naturaleza, de la Naturaleza misma han de salir. La propia observación geométrica en los troncos de los árboles, en los alambres de las empalizadas, en las formas cónicas o rectangulares de los tejadillos, son otros tantos medios naturales y de acción que desterrarán aquellos manidos procedimientos de antaño, que tan lejos de nosotros van en las revueltas diarias que le damos al vivir.



Para la aritmética basta sólo con llevar las cuentas de las aves del corral, de las crías y de los huevos, de los libros de la biblioteca y de las tablas para construir la perrera.

Los centros de interés se avivan en la siembra : se mide el terreno, se acota, se remueve la tierra, se abona, se selecciona la semilla y de todas estas labores se desprenden conocimientos importantes, a la par que se fomenta el sentido educativo, económico y de autodisciplina. Las mismas controversias sobre las labores agrícolas pulen su lenguaje, les hacen adquirir nuevos conocimientos y las votaciones para llegar a una resolución despiertan en ellos el espíritu de cooperación y de sujeción a las mayorías; conocen las unidades lineales y de superficie y ejecutan algunos cálculos; estudian la semilla, determinan la época de la siembra, se dan cuenta del clima de la localidad, construyen planos y hacen dibujos.

La escuela de la acción aplica un método que en Inglaterra fué muy popular, y que es de un gran sentido práctico, humanitario y recreativo : la enseñanza mutua.

Los niños que se agrupan a estudiar y que se transmiten sus conocimientos mutuamente tienen mucho andado para poder desarrollar una labor pedagógica eficiente y de resultado sumamente beneficioso.

Los niños de años superiores enseñan a los analfabetos adultos las primeras letras; los sábados y los domingos se reúnen para escuchar cuentos, narraciones de viajes expuestos por maestros, por alumnos o por personas simpatizantes con la obra; se exhiben películas didácticas, se representan obras adecuadas.

La escuela de la acción es el hogar para los niños. Ellos deben ser considerados en la escuela como en su propia casa.

La salud y el desarrollo orgánico se atiende preferentemente. La escuela lleva un registro minucioso del crecimiento físico y mental del niño, valorando sus resultados y procurando que sean lo más exactos posibles.

Y la escuela de la acción preconiza la coeducación, que tanto atemoriza a las gentes chapadas a la antigua.

Pero de tema tan sugestivo e importante trataré en otro artículo. Sólo me resta decir que la escuela de la acción de Tamaulipas, ya extendida por toda la República mejicana, es un centro de enseñanza mutua, de cooperativismo, de disciplina y, aunque parezca paradógico, de libertad.

María Luisa CASTELLANOS

Madrid, julio 1936.



BELLEZA Y MAQUILLAJE

Si el concepto abstracto y universal de belleza lo concretamos a la expresión superficial de la forma femenina, vemos que, en este aspecto, existe en la actualidad una tendencia a reducir el contenido mujer.

El exceso de germen animal que aún conservamos, la mala literatura, con sus raquíticas imágenes de falsas seducciones y, sobre todo, el cine burgués, esencialmente comercial, han acelerado vertiginosamente a las mujeres en el caos del maquillaje. Entre las mujeres obreras las hay que han pasado directamente de la más absoluta suciedad a los chafarrinones y tiznajos más estridentes. Y en las otras clases, desde el ya logrado aseo personal a los más disparatados coloretes y embadurnamientos. Pero, eso sí: todas, todas se sienten heroínas de fatalidad, «fatales» siempre, en la oficina, en la calle, en el baile. Todas creen poseer en los voluptuosos destellos lanzados a través del «rimmel» y del rasgado de los ojos el resorte que ha de mover el destino de aquellos infelices hombres que las admiran y las acosan, cuando, en realidad, son ellas las víctimas de esas supuestas fascinaciones trascendentales.

Es de esperar que este falso poder de arco iris facial, esta pobretonería del aparentar, pase pronto, como moda que es, y podamos llegar a un concepto de más plena belleza..

Los salvajes también se pintan

Los salvajes rellenan sus vacíos espirituales y sus limitaciones cerebrales con signos externos, visibles: tatuajes y pinturas. Pero es natural. Ellos sólo viven en el mundo de su exterior, para el que sólo necesitan sentidos. En este mundo suyo, el ser rey depende de tres plumas más; el estado de casada, de unas rayas en la frente o en la barbilla; la categoría de danzante, de la combinación de unos colores. Es un mundo representativo de lo que quisiera ser. Su realidad está hueca y se desliza sobre la venerada e inconmovible costumbre. Su significación se apoya en el puro imaginar y no en lo sustantivo. De ahí la relación que existe entre el salvaje y la heroína fatal de nuestro tiempo: una relación que obedece al mismo proceso imaginativo, a la misma oquedad sustantiva.

Las mujeres salvajes se cubren de pulseras, de collares, de pinturas. Son sus armas y en ellas radica su poder de atracción. A la salvaje se la estima según sus adornos, que marcan la categoría a que pertenece en su mundo decorativo. La expresión pintada del salvaje constituye una potenciación, un avance, comparada con el primitivo estado natural. El salvaje, cuando se pinta, no imita del natural, que ello sería retroceder; lo hace arbitrariamente y con arreglo a su mundo representativo.

La mujer primitiva no se pintaba

Primitivamente la mujer no se pintaba; no sentía la necesidad de adjetivarse; ni siquiera tenía, como tiene ya el salvaje, un mundo exterior. No «tenía», «era» naturaleza, simple y sustantivamente naturaleza. Para la mujer primitiva, en lugar de belleza existía naturalidad, y nada más que naturalidad—la decoración corresponde ya al salvaje—, y esta naturalidad era azotada por la propia naturaleza, dentro de la cual estaba incluída, sin la más remota racionalidad que pudiera defenderla.

Actualmente no podemos quedarnos ni en la ingenua naturalidad primitiva, por indefensa, ni en la complicada decoración salvaje, por inútil y parcial. Hemos de llegar al acorde belleza en su auténtica expresión, y para ello nos es imprescindible derrocar antes el altar de lo postizo con toda su imaginería de pomos falsamente milagrosos.

Nadie puede desconocer la falta de gracia lógica que demuestran unos ojos cuyos movimientos se suceden en todas direcciones, mientras el «rimmel» mantiene rígidas y estáticas las pestañas, que dan así a la cara un constante aire asustadizo de Bety estúpida.

Las pinturas provocan una vejez prematura. Paralizan la expresión—por algo fueron empleadas para disimular la muerte, para embellecer su quietud—. Están completamente disociadas de los movimientos de los músculos facciales. Surcan las facciones, las agudizan y les quitan su verdadera gradación suave y sensible. Unicamente a las muchachas muy jóvenes, cuyos músculos y cuya piel se oponen a las huellas, las pinturas no logran envejecerlas. Pero en este caso, si no las estropean, tampoco las favorecen. Y está perfectamente justificada la dolorida exclamación de Sthendal: «Tenía la cara como una rosa y se ponía colorete.»

Por lo general, ponen fatiga en la cara, porque afirman y realzan los trazos producidos por la gesticulación.

¿Cuándo es bella una mujer?

Podemos definir la belleza como un equilibrio, como una concordancia. Una mujer será, por tanto, bella cuando su expresión superficial corresponda a su contenido íntimo, y tanto más bella cuanto más intenso sea ese su yo.

En la boca, en los ojos, en el conjunto expresivo de la cara, y en lugar de las pinturas, ha de encontrarse la bondad, la inteligencia, la sensibilidad: belleza.

Los poros limpios y sanos. La piel transparente para que no se pierda la menor partícula bella-buena—es lo mismo—. Todos los cuidados para que la piel pueda actuar como tamiz sutil en la transmisión de cada feminidad.

El maquillaje no corresponde a nuestra civilización, que ha ido depurando, seleccionando formas hasta llegar a la naturalidad. A la naturalidad, pero ya de vuelta. Es decir, sabiendo evitar los efectos perjudiciales del aire, del sol, de la humedad. Maquillarse supone retroceder. La mujer civilizada lleva su mundo, su fuerza, dentro de sí misma. Y la sobran las superposiciones. Toda ella es un adorno progresivo. Su belleza, como toda belleza, es intangible. Se puede ver, sentir, admirar, pero no tocar. Al tocarla se esfuma, se convierte en sensación. Por eso no se la puede apresar para guardarla en cajitas de colorete. Es intangible como el arte; es arte mismo. Y nuestra superación consiste, no en dibujarnos una belleza, no en maquillarnos, sino en ser nosotras mismas arte: bellas.



MERCEDES COMAPOSADA



Veinte años de psicología femenina a través de una profesión

2

La calle estaba más cerca

Pero desde entonces, sin que nada hubiera cambiado aparentemente, se notaba un no sé qué indefinible, como ese escalofrío que nos produce la puerta que hemos dejado abierta no sabemos dónde.

El típico vocerío de la Puerta del Sol estaba más cerca; o la sala de Teléfonos había cambiado de piso, o había ascendido unos cuantos metros el asfalto de la calle.

¿Malestar? ¡Qué sé yo! El caso era que aquel aire cuajado de antes se había fundido, la perspectiva agoviadora de los días iguales se había quebrado. Un rosario era, a veces, sustituído por una viva discusión en torno a lo que debió o no debió hacerse.

Se notaba como un oscuro rencor contra mí, a la vez que un odio impreciso hacia el jefe aquel que las había llamado a su despacho y entre lisonjas y amenazas las convenció para que reclamasen «haber firmado coaccionadas...»

El tiempo ya no podía retroceder; la brecha abierta era imposible de cerrar.

Un elemento subversivo

Se sucedieron varias convocatorias y los inevitables comentarios en torno a las nuevas caras.

Dió mucho que hablar una muchacha morena y desenvuelta que solía ponerse el velo mientras subía la escalera, cumpliendo así con los requisitos «señoriles».

¡Era hija de una lavandera! A lo menos esto se cuchicheaba a media voz de cuadro a cuadro.

Hablaba por los codos y fuerte—costumbres de la calle—y no se amilanaba por amonestación o reprimenda más o menos. Malo, aquí había un elemento subversivo. Y el caso es que la endiablada era tan simpática que no había medio de desentenderse de ella.

Aquella muchacha acabó de aligerar el aire en la sala de Teléfonos. Solía burlarse con gracia de los papás «retirados» y de las viudas inconsolables; y al trabajo le llamaba el «sport» de la pobretería pretenciosa. En su presencia las cosas respetables se tornaban ridículas.

Cierto día sostuvo una larga discusión con un abonado, al fin de la cual, y antes de cerrar la llave, se la oyo decir amablemente: «Bien lo sabe usted, con la suya hizo la carrera» Luego se volvió a la encargada que la estaba observando. Pues no me ha dicho este tío que mi madre es una...

La encargada se llevó las manos a la cabeza. Pero criatura, y usted que ha contestado. La puede costar el destino.

Se encogió de hombros y avanzó el labio inferior con un mohin de burla y desprecio.

¡Bah! Dos pesetas se encuentran en cualquier parte... A buena hora me voy a apurar poi eso... mientras lleve agua el río.

Aires trasatlánticos

Una mañana de la primavera del año 1924 la mampara que solía dar paso al jefe tuvo aquel crujido prolongado con que anunciaba la entrada de más de una persona.

Acompañaban al jefe cuatro individuos altos de aire exótico que comenzaron a observarlo todo con curiosidad, con esa curiosidad excesiva y minuciosa con que el chalán examina la potranca antes de adquirirla.

Dos de ellos tenían el tipo inconfundible del anglo sajón, los otros dos eran de tez oscura, aire gandul y hablaban un español perezoso y dulzón. Los cuatro prodecían de Norteamérica; los dos últimos eran cubanos.

Las telefonistas, tiesas en sus altas sillas giratorias, seguían con el rabillo del ojo, las evoluciones de los extraños personajes y, con el oído libre, el sentido de la conversación que sostenían con el jefe.

Total. La Compañía Madrileña de Teléfonos consumía su concesión, y la poderosa Telephone and Telegraph Corporation, de Norteamérica, aspiraba a sustituirla. Aquel generalito jerezano y jaranero que se hallaba al frente de los destinos de España se proponía dotar a ésta del «mejor servicio telefónico del Mundo».

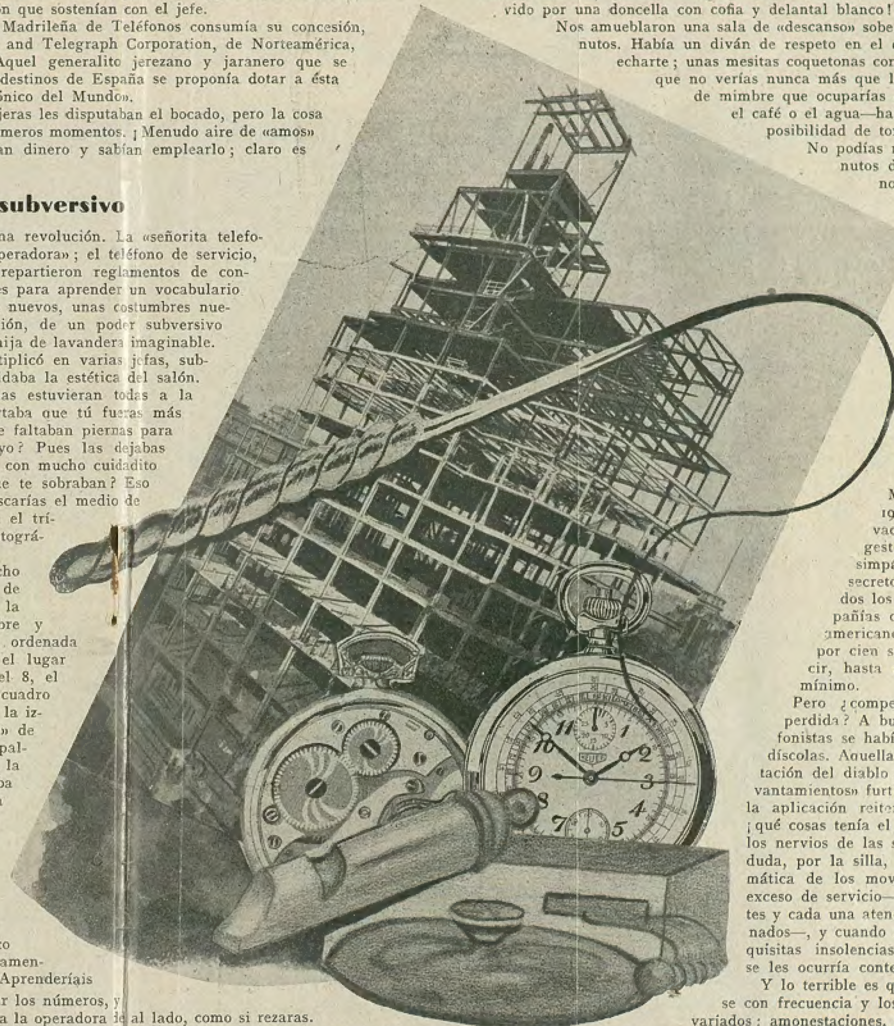
Otras Empresas extranjeras les disputaban el bocado, pero la cosa estuvo clara desde los primeros momentos. ¡Menudo aire de «amos» traían los yankis! Tenían dinero y sabían emplearlo; claro es que al 100 por 1.

Otro elemento subversivo

Aquello sí que fué una revolución. La «señorita telefonista» se convirtió en «operadora»; el teléfono de servicio, en «microplastrón». Se repartieron reglamentos de conducta y se abrieron clases para aprender un vocabulario nuevo, unos movimientos nuevos, unas costumbres nuevas. Era la racionalización, de un poder subversivo superior al de cualquier hija de lavandera imaginable.

La encargada se multiplicó en varias jefas, subjefas y vigilantes. Se cuidaba la estética del salón. Era capital que las sillas estuvieran todas a la misma altura. No importaba que tú fueras más alta o más baja. ¿Que te faltaban piernas para llegar al punto de apoyo? Pues las dejabas colgando las ocho horas, con mucho cuidadito de no balancearlas. ¿Que te sobraban? Eso era cuestión tuya; ya buscarías el medio de plegarlas como si fueran el trípode de una cámara fotográfica.

Cuando dieran las ocho de la mañana, las dos de la tarde o las diez de la noche, sonaría un timbre y saldrías al salón en fila ordenada con tus compañeras en el lugar que te correspondiera: el 8, el 10, el 15; al llegar al cuadro 8, 10 ó 15 te colocarías a la izquierda de la «operadora» de servicio y al sonar una palmada, ¡zas!, ocuparías la silla que aquélla dejaba vacante, aun cuando a veces creyeras hacerlo sobre la estufa.



¡Qué precisión en los detalles! ¡Qué organización de maravilla! La boquilla del «microplastrón», no debería estar más de cinco centímetros—cinco exactamente—separada de la boca. Aprenderíais a modular la voz, a cantar los números, y todo bajito sin que te oyera la operadora de al lado, como si rezaras.

¿Que podía ser sordo el abonado? Eso no entraba en los cálculos de la Telephone and Telegraph Corporation. ¡Qué tenía ella que ver con los anormales! Tú no debías levantar la voz aunque te lo pidiera el moro Muza; pero si el moro Muza se quejaba de que intentabas burlarte de él cuchicheando cosas inteligibles en el teléfono te ganabas dos horas de recargo, y en paz. El reglamento era el reglamento.

¡Ah! pero a cambio de estas mínimas molestias no tendrías que beber el agua calentita de los botijos. Se habían instalado unos soberbios aparatos que te proporcionaban un agua helada estupenda. ¡Lástima que no pudieras beberla más que durante aquellos quince minutos «de reposo» que te daban a media tarde o a media mañana, cuando te regalaban también con una taza de café calentito servido por una doncella con cofia y delantal blanco!

Nos amueblaron una sala de «descanso» soberbia para aquellos quince minutos. Había un diván de respeto en el que, naturalmente, no debías echarte; unas mesitas coquetonas con periódicos y revistas, de las que no verías nunca más que la cubierta, y unos silloncitos de mimbre que ocuparías «reposadamente» para injerir el café o el agua—había que decidirse ante la imposibilidad de tomar las dos cosas a la vez.

No podías repartir mejor los quince minutos de «reposo». Lavarte las manos, que solían estar verdes del metal de las clavijas, una visita inexcusada a un lugar excusado, una miradita de ternura al diván, y lo que te quedaba para el agua o el café si antes no sonaba el timbre que te advertía haberse agotado tu «reposo».

Claro que podías invertir el orden descrito a tu gusto, que ya era algo.

Hipertensión

Me olvidaba decir que del año 1919 a la fecha se habían elevado los sueldos gracias a la gestión personal de un curita simpático de esos que conocen los secretos de todas las señoras de todos los directores de todas las Compañías del Mundo. A su llegada los americanos los elevaron hasta un cien por cien sobre el sueldo inicial, es decir, hasta dos docenas de duros como mínimo.

Pero ¿compensaba esto la tranquilidad perdida? A buen seguro que no. Las telefonistas se habían vuelto descontentadizas y díscolas. Aquella agua fresquita era una tentación del diablo; a veces se registraban «levantamientos» furtivos de la silla que requerían la aplicación reiterada de sanciones. El café ¡qué cosas tenía el café! imagínate que irritaba los nervios de las señoritas, poco excitados, sin duda, por la silla, la sed, la distribución automática de los movimientos y las palabras, el exceso de servicio—pues amortizaban las vacantes y cada una atendía a doscientos ochenta abonados—, y cuando menos lo pensabas, a las exquisitas insolencias de cualquier impertinente se les ocurría contestar en forma poco amable.

Y lo terrible es que esto comenzaba a repetirse con frecuencia y los castigos a menudear. Eran variados: amonestaciones, horas extraordinarias de servicio, que podías cumplirlas prolongando las ocho de tu guardia, o volviendo a media tarde o en las primeras horas de la noche—a voluntad... del jefe que te las había impuesto—, multas, suspensiones de empleo y sueldo..., etcétera, etc. Menos mal que se usaba de los castigos con moderación. Por ejemplo: dos minutos de retraso en la toma de servicio equivalía a dos horas de recargo; y así por el estilo.

A mediados del año 26 se comenzó a instruirnos para el acoplamiento a los nuevos servicios. Después de las jornadas agotadoras habíamos de asistir a clase dos o tres horas diarias. ¡Y muy contentas de que los señores americanos no prescindiesen de nosotras!

Me asignaron el servicio de telefonemas. Me aislaron del mundo circundante dos auditivos que conectaban los movimientos de mis dedos sobre la máquina de escribir con una voz lejana que cantaba telefonemas hora tras hora.

Inauguramos el «nuevo estado» el día 31 de diciembre de 1926. ¡Hasta en la hora de la muerte me acordaré de aquella noche!

Tres noches eran clásicas y despeluznantes en el servicio de telefonemas: la víspera de Año Nuevo, la de San José y la de San Antonio; pero la primera ganaba a las otras dos. Las felicitaciones de los Manueles y del año se contaban por decenas de millares. Pues tal noche fué la elegida para que las «señoritas»—antes estaba asistido por hombres—inauguraran sus nuevas aptitudes.

Diez horas y media. Diez horas y media delante de una máquina, oprimida la cabeza por el «serrete» de dos auriculares. Hala, hala, un telefonema, otro, mil, diez mil. Una hora, dos, cuatro. Y para que te descansaran las manos, una hora, dos, cuatro, transmitiendo, cantando telefonemas.

Se te abrasaba la garganta, te dolían los brazos, los costados, el pecho. Todavía eran las cuatro de la mañana, las cinco; debías estar así hasta las ocho, ni un minuto menos.

Nos sirvieron en las propias «posiciones»—nombre que designaba la mesa de trabajo—pasteles, café, agua fresca. ¡Quién tomaba nada! La imaginación volaba hacia aquella sala alta, donde se desperezaba el magnífico diván. Alguna muchacha hubo de retirarse enferma. Esto no era nada; bastaba con acelerar el ritmo del trabajo para cubrir la vacante.

¡Hasta en la hora de la muerte!

Se funden las resistencias

El barómetro de la resistencia psíquica marcaba su máxima tensión. Un día súbitamente se anunció un nuevo examen de aptitud. El cuestionario era más amplio que otras veces—gramática, geografía, mecanografía y otras zarandajas que no habían de utilizarse para nada—. Las que no obtuvieran el certificado de aptitud pasarían a una escuela especial equis meses, al cabo de los cuales serían examinadas de nuevo. Y no decían lo que habían de hacer de ellas si ni aun así obtenían el famoso certificado.

Casi simultáneamente se publicaba un acuerdo del Comité Paritario facultando a la Compañía para reducir las plantillas por necesidades de servicio. La relación estaba clara.

Aquella noche, antes del relevo, y frente al tabloncillo de anuncios, las muchachas hablaban excitadas. Pensé un momento en aquellas infelices que contaban más de cincuenta años y que apenas poseían otra instrucción que la primaria, difícil de ampliar ya en todas las escuelas especiales del mundo.

—Hay que oponerse a este examen—dije en voz alta—. Se hizo el silencio; unas me miraron espantadas—aún eran las hijas del comandante retirado—. Otras me miraron con simpatía y decisión.

—¿Qué debemos hacer?—dijo una voz juvenil.

Hablé sin cansarme de la relación que podía tener aquel anuncio con los acuerdos del Comité Paritario. Cuando sonó el timbre llamándonos a relevo estábamos de acuerdo sobre lo que debía hacerse.

Existía una antigua Asociación mutualista de telefonistas interurbanos, que en vano había pretendido la Compañía absorber o tutelar, y que, frente a los acontecimientos, se había convertido en una Sociedad de resistencia; tres días después más de cien muchachas estaban asociadas.

El anuncio del examen fué retirado del tabloncillo; pero unos días más tarde se repartieron por las posiciones unos cuantos sobres grises, de los que las agraciadas debimos firmar recibo.

A mí me mandaron a una deliciosa capital levantina.

LUCÍA SANCHEZ SAORNIL



Toda la tragedia del campo estaba en ese hondo dramatismo con que sus gentes alzaban los ojos a la nube.

La nube siempre amenazando sus días y sus noches, oscureciendo toda su vida; y ahora, de pronto, el más terrible de los nublados se convierte en la única esperanza.

¡Con qué nuevo gesto mira a los horizontes el campo! Mirar de júbilo, que ha descubierto tras la nube la gestación de una aurora infinita.

La superpoblación y la guerra

Enrolados en la inmensa y ruda tarea de luchar contra la guerra y de echar las bases sólidas de una paz duradera entre los pueblos, los pacifistas integrales tenemos el deber de conocer bien las causas de los conflictos entre los hombres y de no omitir ninguna, ni siquiera bajo pretextos nacionalistas, religiosos o sexuales.

La guerra es de todos los tiempos, de todos los pueblos, de todas las latitudes. Del Norte al Sur, del Este al Oeste, pasando por el Centro, hoy como ayer—y quién sabe, ¡ay!, si como un próximo mañana—la locura asesina de los hombres ha ensangrentado el Mundo sin cesar. Por lejos que nos remontemos en la Historia, encontramos trazas, pruebas irrecusables de que nuestros antepasados se han enfrentado en conflictos armados por la conquista del alimento, del sitio al sol y de las mujeres, por el dominio y hasta simplemente por satisfacer el instinto animal del asesinato, que muy bien pudiera no ser otra cosa que una manifestación subconsciente del miedo. Un hecho tan general, tan profundo, tan persistente ¿puede desaparecer al conjuro de una varita mágica, de una sencilla fórmula cabalística cualquiera—«Amáos los unos a los otros», por ejemplo—? No lo creemos, a pesar del deseo de paz que nos acucia desde siempre. Si esto hubiera sido posible, ya desde hace mucho tiempo, antes de la incorporación de formidables intereses particulares a las industrias de guerra, la paz habría reinado entre los hombres. El mal es, pues, más grave y más complejo.

Las causas de guerra

A mi juicio, se podrían resumir todas las causas de guerra en tres grandes categorías:

Naturales o biológicas.

Sociales.

Psicológicas.

En las causas naturales o biológicas figuran la superpoblación y el instinto de combatividad de los jóvenes machos, impulso que muy bien podría ser de origen sexual.

En las causas sociales se podría incluir la religión, el militarismo, el Estado y el capitalismo.

En las causas psicológicas entrarían la educación particularista circunscrita al clan o a la nación, los prejuicios de raza, de color, de lengua y de costumbre, el espíritu de cuerpo o lo que se ha llamado «alma colectiva».

Dejaré a otros camaradas la tarea de tratar las causas sociales y psicológicas y los medios de combatirlas. Lo que aquí trataré de dilucidar es el problema que constituye el objeto de este trabajo: la superpoblación y la guerra.

Definamos la guerra

Para los malthusianos la guerra no es más que un fenómeno natural traducido a lo social: la lucha por la existencia, lo que Darwin ha llamado «competencia vital», el aniquilamiento de los débiles por los fuertes. Se podría aún definirla así: una disputa por la fuerza con amenazas de muerte que surge entre dos grupos políticos bajo la acción imperiosa de la concurrencia vital. Como consecuencia de la evolución de las sociedades humanas se debería añadir a estas dos definiciones la profesión militar con sus resultados: el ejército permanente y la industrialización de la matanza colectiva, cuya legitimación de existencia no puede ser otra que la guerra, de la cual son, por tanto, razón y causa.

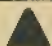
La lucha por la vida proviene de la facultad que tienen todos los seres organizados de multiplicarse en proporción tan elevada que, a no ser por la constante destrucción, la tierra entera quedaría muy pronto cubierta por la posteridad de una sola pareja. Hasta el hombre que procrea lentamente vería a su descendencia duplicarse en el espacio de veinticinco años. La destrucción se opera sobre todas las especies y, con frecuencia, hasta entre ellas mismas; el hombre, a quien el genio y la ciencia han puesto al abrigo de los animales feroces y que por la potencia de sus armas defensivas y ofensivas es, sin discusión, el más fuerte y no se halla limitado en su pululación por las otras especies, se ha visto en la absoluta obligación, para no perecer ahogado, de proceder él mismo a su propia destrucción. Malthus había dado valor a este hecho y había deducido de él una ley formulada así: «La población, si ningún obstáculo interviene, tiende a crecer según una proporción geométrica: 1, 2, 4, 8, 16, etc., mientras que las subsistencias, en las mejores condiciones, no aumentan sino en progresión aritmética: 1, 2, 3, 4, 5, 6, etc...» En otros términos: Siendo limitada la tierra y no siéndolo la reproducción de la especie, tiene que haber forzosamente un desequilibrio entre los dos factores, y de ahí la lucha por la vida.

(Continuará.)

Jeanne HUMBERT



ELOGIO DEL AMOR LIBRE



Si no te capacitas, mujer, serás un sér de instintos, serás una carne simple, monótona y limitada, cerrada en ti misma y por ti misma abolida. Si no te capacitas podrás vibrar con el ritmo altibajo de las estaciones y de los nublados seguidos de sol fuerte; tendrás el latido perenne de los animales y las plantas; darás tus generosas floraciones de hembra; pero no lograrás el Buen Amor.

Cultiva la Inteligencia para enroscarla como un tierno rosal trepador al duro tronco de los imperativos del Instinto; cultiva la Sensibilidad y la Delicadeza para correr como un manso arroyo, recogiendo todos los dolores y todas las alegrías, sin descanso, sin el menor abatimiento de tu generosidad; cultiva la Voluntad para perfilar tu vida, para modular tu canción, para esculpir tus obras por ti misma.

Y luego extiende la Sonrisa como una suave serpentina multicolor; reparte el Abrazo como un prieto racimo de bayas doradas; y suelta el Beso, como un raudal de música feliz.

Recuerda que el delicado Eros, para llegar a Buen Amor, ha tenido que desceñir su venda.

Mujer, ama sobre todas las cosas.

Plegaria del Amor Libre

Dice así:

I. Toma el pétalo fresco y jugoso; toma la pulpa dulce de la fruta en sazón; toma la senda blanquecina bajo el sol poniente, la colina de oro, el roble, y la fuente a la sombra. Toma mis labios y mis dientes donde juegan las risas como hilos de agua, y los hilos de agua como risas.

II. Yo no tengo Casa. Tengo, sí, un techo amable para resguardarte de la lluvia y un lecho para que descanses y me hables de amor. Pero no tengo Casa. ¡No quiero! No quiero la insaciable ventosa que ahila el Pensamiento, absorde la Voluntad, mata el Ensueño, rompe la dulce línea de la Paz y el Amor. Yo no tengo Casa. Quiero amar en el anchuroso «más allá» que no cierra ningún muro ni limita ningún egoísmo.

III. Mi corazón es una rosa de carne. En cada hoja tiene una ternura y una ansiedad. ¡No lo mutiles!

Tengo alas para ascender por las regiones de la investigación y el trabajo. ¡No las cortes!

Tengo las manos como palmas abiertas para recoger monedas incontables de caricias. ¡No las encadenes!

Incitación al Buen Amor

Mujer, ama sobre todas las cosas. Pero antes aprende el Buen Amor. En el Buen Amor pesa tanto lo alto como lo bajo, el Pensamiento como la Carne, la Dulzura como el Deseo; y es incompleto si le falta cualquiera de estas cosas. Aprende el Buen Amor.

Para él se necesita plena libertad, pero también capacidad plena, pues sin ésta la primera es una ficción. No se es libre más que cuando se puede tomar una decisión de entre todas las que la ocasión ofrece; cuando se puede elegir un camino tras haber reconocido todos aquilatando sus valores y aceptando sus consecuencias. Pero ésto es obra de la Inteligencia, del Corazón y de la Voluntad, y es preciso perfeccionar los tres si queremos alcanzar el rango de seres libres. Si no es así, seguiremos ahogando nuestra inquietud entre simulacros amorosos.

Matrimonio y amor

Cuando el hombre perdió la fresca gracia de sus amores sin trabas, ingenuos y primitivos; cuando se agostó la inocente naturalidad de sus pasiones y se ahogó en reglas morales la franca, la cordial sencillez del goce en plena marcha sobre la Naturaleza; cuando el hálito perfumado y voluptuoso de las «Canciones de Bilitis» se olvidó por entero... descendió el amor a la categoría de pecado. Pero como la Vida, sin él, se estancaba con una congoja inexplicable, los hombres, con un insano deseo de venganza, alzaron los puños contra Eros y le escupieron en el rostro.

Le condenaron ferozmente, sin pensar que se hacían desgraciados. Por una pasión, toda una vida de tortura. Por la atracción de un día, incontables años de repugnancia. Eros fué despojado de sus alas.

Por una dulce mirada espontánea se le obliga a estar mirando siempre el mismo objeto; por un generoso y cándido abrazo se le fuerza a estrechar siempre la misma persona. ¡El Alma humana, inmóvil; y la Voluntad, solidificada en hielo!

Del gesto amoroso se hizo un mimicioso código, muerto y frío; del más grato y ardiente regalo, una compraventa en veces, con su reglamento y todo; o de una vez, con su contrato en regla, y a un precio mucho más elevado, porque además del dinero, que cuenta para muy poco, entran en compromiso el Corazón y la Libertad, que lo son todo para el Amor.

Cuando, robada la nobleza de toda manifestación amorosa, ya hecha deber, los hombres se avergonzaron ¡quizás! de todo lo que habían mancillado, no hicieron sino intentar justificar su profanación con otra más grande, tomada como excusa: el hijo. Y de ésto, tan claro y tan sencillo, tan divinamente brutal y tan profundamente humano, hicieron un nuevo eslabón y sol-

daron la cadena para siempre, entre los cobardes. Hicieron tapadujo para su hipócrita timidez, del hijo, que no es sino un punto donde convergen dos cuidados y dos deberes, pero nunca una justificación *moral* de lo que solo el Buen Amor, sobre nosotros, justifica.

Y cegados los hombres y las mujeres por sí mismos, siguen cayendo en la trampa; y cuando les falta nobleza para encontrar salida, se arrancan el Corazón y lo ponen para puntal del Matrimonio.

Un fruto espléndido: el adulterio

Precisamente porque la Vida es Vida, no es quietud. Somos todos los seres una doble corriente, que no cesa un momento, de entradas y salidas. Bajo esta permanencia aparente de las formas, la materia y la energía —dos modalidades de la misma cosa—están en perpetuo fluir, en un ir y venir sin descanso. Y así el Alma. Por eso, al sentirse herida en lo más hondo, al sentir degradado lo más noble de su naturaleza, crujió de dolor y de espanto. Aún intentó contenerse en la fría unidad de su condena; pero la Vida en su fluir eterno, se impuso con razón. Así, de la envilecedora aceptación del matrimonio—contrato y reglamentación de lo inalienable—surgió ese fruto rojo y redondo, repleto y elocuente, estupendo y prometedor: el adulterio. Es la protesta natural y humana contra la traba pesada a lo alado e imponderable; y reivindica, como una carcajada fresca, entre burlona y honrada, el pleno derecho a la libertad de amar, el desbordamiento sobre todos los cauces artificiales, de la evolución de la personalidad. He aquí, como una consecuencia del olvido del verdadero sér de Eros y el Hombre, este doble crimen de la mísera vida diaria: la convivencia fría o la caricia instintiva y aislada sobre la Carne muda; y el abandono culpable y miedoso del Sentimiento, valor universal. En suma, amor que no es Amor.

La mujer en defensa

Cuando hubo perdido su lozanía graciosa de lirio enhiesto, la mujer, estrictamente monógama por imposición junto al hombre esencialmente polígamo por naturaleza y sinceridad cuidadosamente mantenidas, se dió cuenta de un hecho: la Propiedad. La Casa se cerraba como una boca ansiosa y había en ella mucho que hacer. La realidad económica enteró a la mujer, completamente ignorante ya del ingenuo placer de la vida primitiva, de que la Casa la excluía de todas las tareas de producción, de todos los trabajos públicos que dan derecho a la subsistencia. Esta le venía por medio del hombre a quien rendía sus servicios privados, incluso los sexuales; y se defendió en su nueva posición, preocupándose de afianzar los lazos que la unían al hombre.

Este hombre es *mío* y yo soy *suya*, dijo. La Propiedad encogió su picuda nariz de usurero, guiñó los repugnantes ojos y todos los regímenes de opresión aumentaron la cifra de sus víctimas.

Fué la venta de la Conciencia, de la Libertad, de la Espontaneidad, por la Irresponsabilidad y la negativa a producir.

Hacia el Buen Amor

Mujer; si quieres recobrar la dignidad perdida; si quieres hallar un sol nuevo en este sol, tan antiguo; si quieres sentir el renacimiento de tu alma y la gracia singular de encontrarte a ti misma, asciende por la escalera amorosa merced a tu superación. Multiplica tu capacidad de amor, mujer, pero...

Piensa que el sentirlo ni te da derecho sobre nadie ni te hace objeto de propiedad.

Piensa que por muy grande que sean la pasión del placer y el placer de la pasión, no deben arrastrarte en su torrente; y que si en una hora gloriosa puedes dejar el extravío tus sentidos, jamás debes perder tu voluntad.

Piensa que el hombre amado tiene su alma, sus ideas, sus intereses, su personalidad, en fin, que sólo en algunos puntos coincidirá con la tuya; pero que la más perfecta coincidencia no supone absorción del uno por el otro.

Piensa que es inmoral permanecer en vida común e íntima cuando no existe una floreciente Ilusión, una palpitante Ansiedad, un dulce y sereno Buen Amor, aun cuando se hayan hecho mil promesas y mil propósitos y se hayan creado mil ligaduras.

Piensa que el hijo no es tampoco, ni debe ser, razón de comunidad amorosa cuando ya no hay amor; que se le puede amar, cuidar, instruir, proteger, educar, sin servirse de él como pretexto para la más repugnante de las mentiras.

Piensa que por él no se debe mentir; que precisamente por él se debe ser noble, sincero, valeroso, con un alma y una acción paralelas, con una fe y una actitud acordes; que hay que sentir y hacer la verdad para poder enseñársela.

Piensa que para llegar al Buen Amor hay que aprender a trabajar, a sentir dulce y rectamente, a tener aspiraciones, a mover la inteligencia, profundamente inquieta, hacia el Bien...

¡Amor Libre!

Y entonces, mujer, apasionadamente enamorada, no pidas nada por tu amor. Gránalo, como la vid; florécelo, como el rosal; levántalo, como el eucaliptus; sin preguntar nada, sin pedir nada para el mañana.

Ni la vid, ni el rosal, ni el eucaliptus, antes de granarse, antes de florecerse, antes de levantarse, piden un jardinero que les atienda; ni exigen promesa de que el sol no ha de agostarlos, ni el viento ha de quebrar sus tallos, ni el agua impetuosa ha de ahogar sus yemas. Ellos son generosos y cuando uno de ellos perece, muchos más nacen a la vida. Ama, ama, pero que ni los brazos te sirvan de ligadura, sino de corona. Deja que todo vaya y venga; y tú, sonríe siempre, tenaz buscadora de todas las alegrías terrenas. Sonríe siempre, ligera y sentimental, dulce y reflexiva, a través del olvido, del desprecio, de la crítica. Esfuerza tu creación: lanza a la Vida un nuevo módulo para estimación de tu sexo. La Vida está harta ya de la Mujer-esposa, pesada, demasiado eterna, que ha perdido las alas y el gusto por lo deliciosamente pequeño y por lo noblemente grande; está harta de la Mujer-prostituta, a la que ya no queda sino la raíz escuetamente animal; está harta de la Mujer-virtud, seria, blanca, insípida, muda...

Crea el nuevo tipo; pon la sal en la Vida; el color y la llama en los besos desiguales. Ama, habla, trabaja. Comprende, ayuda, consuela.

Aprende a desaparecer y a descargar de tu presencia; y a conocer el valor del «yo» libre. Sin nada; ni por dinero, ni por paz, ni por sosiego... ¡Amor Libre!

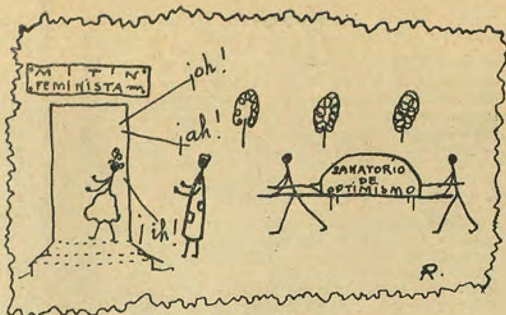
Envío

Yo no tengo la Casa, que tira de ti como una incomprensiva e implacable garra; ni el Derecho, que te limita y te niega. Pero tengo, Amado, un carro de flores y horizonte, donde el Sol se pone por rueda cuando tú me miras.

Cuando tú me besas...

AMPARO POCH Y GASCON

SANATORIO DE OPTIMISMO



TERRIBLE FRACASO

Ustedes no sabían que mi Sanatorio tiene un teléfono maravilloso. Pues sí. Allí está el teléfono con su cable retorcido como un brazo amenazador, o como un tentáculo que chupara todos los ruidos de fuera para traerlos montados en las ondas invisibles como una cuadrilla de viejas chismosas. Sí. El teléfono de mi Sanatorio nos cuenta al oído todas las cosas que suceden, todas las que no suceden porque no pueden suceder y las que acontecen y no debieran acontecer nunca. Si vieran ustedes a la telefonista... Tiene una viva cabeza inteligente, con una rebelde cabellera encrespada. Cuando habla, parece que todos los cascabeles del mundo se ríen y que todas las campanitas se balancean. Sus ojos son dos luces encendidas de risa; y está constantemente pronta a llenar el Sanatorio de piruetas y carcajadas. Todo el personal la adora y no podría pasar sin ella. Su nombre es Imaginación.

He aquí lo sucedido... Me causa rubor la confesión, pero debo hacerla. Hemos fracasado estrepitosamente. Por un momento pensamos cerrar el Sanatorio..., pero, después de cambiar impresiones con el Médico-director, hemos modificado nuestro parecer. Hay enfermos enteramente incurables y esto no debe desanimarnos.

Era un domingo lluvioso cuando el timbre del teléfono llenó de chillidos todo el edificio. Y la señorita Imaginación, nuevo timbre palpitante, nos dijo la noticia a través de las dependencias:

—¡Equipo de urgencia! ¡Un mitin feminista! ¡Equipo de urgencia! ¡Un mitin feminista!!!!!...

Y el grito de alarma ondulaba por las paredes como una lagartija y se enroscaba por las columnas como una hiedra...

El equipo de urgencia acudió rápidamente al lugar de la catástrofe. Los camilleros iban aterrados y el doctor Buen Humor, que personalmente dirigía el equipo, arrugaba la frente con preocupación.

¡Oh! Un mitin feminista es el espectáculo más lamentable que ustedes puedan imaginar. Tiene un pronunciado sabor de retroceso y estrechez de espíritu que da pena. Verán. Primero se ponen unos cuantos fotógrafos para multiplicar las imágenes de la Feminista número uno, de la Feminista número dos, de la Feminista número tres, y así hasta todas las que han de hacer al público hondas revelaciones. Después el público mira los bordaditos búlgaros y los estampados de los vestidos de las Feministas número uno, número dos, número tres, etc., y ellas se sientan. Luego se levanta la primera, después la segunda...

Cuando empezaron las revelaciones, el terror del equipo de urgencia fué tan grande, que los camilleros sufrieron un síncope cada uno y hubo que llevarlos a una Farmacia. Sólo el doctor Buen Humor, ya templado en la lucha, pudo resistir. Se trataba de lamentarse porque las mujeres no pueden ser fiscales o porque cuando contratan su amor no se hace un previo análisis químico de las cenizas de la parte contraria. Luego, de meter a los niños en grandes cajas de cartón cuando se declare la guerra, y marcharse las madres al frente hasta que los niños crezcan mucho, mucho, dentro de sus cajitas. Después, de hacer comprender a las gentes lo malísimo que es el Amor Libre, pues por su culpa nacen niños sin permiso del Juez; y de proponer contra estos tóxicos de Amor y Libertad un único remedio, el Matrimonio, que acaba con la Libertad, y como hace otro tanto con el Amor, se matan dos pájaros de un tiro, que siempre es una economía.

Fué en vano que el doctor Buen Humor intentara ensayar remedios heroicos. A dos o tres inyecciones que puso, por sorpresa, de su preparado especial, un alcaloide extraído de la "Sonrisas Eternus", planta perenne de las bilabiadas, se le respondió con otros tantos estacazos.

Y se vió precisado a abandonar la reunión...

Llegó cabizbajo, arrastrando por los pies a los camilleros y dejando todo el instrumental en el lugar de la derrota.

Cuando me refirió su pena, dialogamos melancólicamente:

—Deja que se entretengan las "mujeres de su casa" con esas bromas de los quince años, que no son sino una manifestación de la crisis hormonal de la pubertad... (Los muros del Sanatorio abrieron la boca de asombro.)

—Tú y yo soñaremos con suprimir fiscales y notarios para que las mujeres no tengan que apetecer cosas húmedas, sombrías y estáticas. Tú y yo soñaremos que no hay que esconder a los niños porque el amor ha

terminado las guerras; y que los hijos pueden nacer en paz y sosiego sin que los hombres tengan que asustarse por su venida; y que los Jueces se dedican a dar permiso para que las encinas den bellotas... También soñaremos que no hay Jueces...

Le puse las manos sobre los hombros y nos miramos. El Médico-director me preguntó:

—¿Has pasado la noche con el doctor Sueño Feliz?

—Sí—le dije.

El doctor Buen Humor sonrió; se iluminó más el cielo, y en todas las farmacias del mundo bajó la cifra de ventas del bicarbonato sódico.

Entonces decidimos contar el fracaso para que las gentes de buena voluntad tomen ejemplo.

DRA. SALUD ALEGRE

JORNADAS DE LUCHA

Las mujeres de Andalucía siguen en vanguardia

«DOS HERMANAS.—En la Casa conservera de aceitunas Lisén, quinientos operarios faeneros y toneleros se habían declarado en huelga, ante la negativa del patrono a concederles la semana de vacaciones que fija la ley. En trance de perder el movimiento, tres mil mujeres que trabajan en la industria se declararon espontáneamente en huelga de brazos caídos. Así permanecieron dos días con sus noches, sin abandonar los lugares de trabajo hasta conseguir que las pretensiones de los obreros fueran atendidas. Es necesario destacar que mientras los toneleros pertenecían a la U. G. T., las aceituneras están afiliadas a la C. N. T.» (De los diarios de estos días.)

Hemos recogido ese telegrama con ánimo de comentarlo; luego hemos mirado nuestra pluma con un poco de decepción. ¿Comentario? ¿Para qué? Entre un fárrago de palabras altisonantes no lograríamos más que emborronar el hecho. Así, lacónico y escueto, el telegrama conserva el sentido puro, la grandeza toda de la acción.

Nunca como hoy hemos pensado en la pobreza de nuestro oficio, escribir, hilvanar palabras, mientras otros esculpen hechos, realidades, en la materia candante que es la vida.

Asombra y aturde, emociona, ver el paso firme con que la mujer se ha echado al camino. Salida apenas del no ser, afirma su personalidad, su concepto recién adquirido, y ya superado, de las cosas. Concepto que no es ya concepto, sino realización total: solidaridad por encima de todo, absolutamente de todo lo que separa.

La mujer purificará los tópicos, dará cuerpo, volumen, sentido valorable a las palabras; no serán ya éstas nunca más materia de evasión, puente levadizo, sino términos, ideas en acción, hechos redondos y lisos que iremos empujando delante de nosotros como nuestra justificación más plena.

Pero basta. Está trazado el camino; a seguirle.

Una sugerencia de las obreras del hogar

Nos llegan unas cartas de mujeres, en las que la espesura de faltas de ortografía no impide ver la injusticia que acusan y la justicia que reclaman. Estas cartas proceden de muchachas de servicio que nos piden ayuda para su nueva orientación.

Como creemos que entre todas las clases de mujeres más o menos esclavizadas éstas son las de más triste situación, acogemos con el mayor interés su llamamiento.

Urge la sustitución de la clásica sirvienta—sin personalidad, sin derechos, sin consideraciones, sin la dignidad de persona libre—por la obrera del hogar, mujer de carne y hueso, con unas obligaciones definidas y remuneradas y dueña de una parte de sus horas, de su vida. Es decir, con su jornada de trabajo como otra obrera cualquiera, con un sueldo que le permita pagarse su habitación—porque la obrera del hogar no ha de tener la obligación de respirar hasta en el sueño el ambiente de las horas de tarea, que es como si el albañil durmiera en el andamio o el fogonero junto a la máquina—y con un trato que no trascienda a distancia de castas.

Para llegar a esto tienen que perfeccionar sus organizaciones—a las que no deben ir solamente a cotizar y a cambiarse unos cuantos tópicos— y hacer de ellas no sólo un órgano de lucha, sino también una escuela profesional del hogar tan eficaz y bien organizada como las que ya existen en Inglaterra, en Estados Unidos, en cualquier país civilizado. Sólo así desaparecerá la situación de tremenda inferioridad de la muchacha que al llegar del pueblo tiene que entregarse a la «caridad» de la señora que la acoge, la enseña... y la explota, por todo lo cual ha de quedarle eternamente agradecida. Sólo con el período de aprendizaje que tiene todo oficio la sirviente se transformará en obrera.

L I B R O S

DOS GENERACIONES SIN QUIJOTE

En dos generaciones de abstención absoluta del Quijote y todos sus derivados, los españoles se purificarían de muchas taras atávicas que parecen raciales. Y la estimación de los españoles ascendería en el Mundo. Los extranjeros nos ven desfavorablemente—exactamente, en muchas cosas—porque nos ven a través del Quijote. Nuestras cualidades negativas son en gran parte las que el Quijote nos define, nos sugiere y nos cultiva. A saber:

La locura de una disciplina ética llevada a un rigor que imposibilita toda acción eficaz.

Imaginar que los libros de caballería se pueden realizar, y sustraerse por tanto a la realización de lo posible y necesario.

No admitir el error inicial de lo imaginado y atribuir nuestro fracaso a las circunstancias.

Esperar la hora de la muerte para caer del burro.

Todo esto es, para el buen juicio exacto de los extranjeros, Quijote, quijotismo, España: Inutilidad.

*

Aunque parezca mentira, hasta nuestros políticos llevan dentro al Quijote. ¡Si a ellos les dejaran! ¡Si a ellos les hubieran dejado! Ellos no fracasaron, no; ellos estaban en el secreto; en el secreto de la salvación del país.

Y ellos—los políticos—no rectifican ni siquiera cuando les llega la hora de la muerte; es decir, de entregar la cartera. ¡Si los hubieran dejado!...

*

Los niños españoles vienen al mundo con herencias terribles: tuberculosis, sífilis, mesianismo—es decir, isidrismo: que aren los ángeles—. Y además, y tal vez como síntesis, quijotismo. Cuatro siglos de herencia acumulada de Quijote, de lecturas escolares del Quijote, de refranero del Quijote, de comentarios filológicos del Quijote, de exaltaciones pedagógicas del Quijote, de imitaciones literarias del Quijote, constituyen un obstáculo demasiado serio para el desarrollo de una espontaneidad racional.

*

La guerra es siempre y en todo caso una cosa nefanda. Lepanto le fué fatal a Cervantes. Le cercenó el brazo y las alas de la imaginación. Le sugirió un exotismo ramplón que no logró pasar de Argel: aquellos lamentables cuentecitos moriscos con aquellas pobrecitas odaliscas, veladas y todo, incitadoras de un sensualismo de vía estrecha.

*

¡Ah, las mujeres del Quijote!... No sólo las odaliscas más o menos veladas, sino también las otras, las campesinas, las pastoras, las señoras. Todas revelan una visión de «parvenu» del Mundo femenino. Se salva la mujer entelequia—Dulcinea—como creación poética; pero en cuanto la convierte en realidad ya no es sino una moza rolliza. Y es que Cervantes nunca pudo pasar de las mozas rollizas. Tenía en este aspecto el catetismo todavía hoy característico de muchos intelectuales españoles deslumbrados ante la sola presencia carnal de la mujer.

*

Sin embargo, el Quijote tiene algunas atenuantes.

Por ejemplo, un gran prólogo. Un maravilloso prólogo. Un prólogo radiante de inteligencia pura.

Y una innegable utilidad para los extranjeros, a quienes beneficia tanto como a los españoles perjudica. A su racionalidad perfecta no le va mal la exaltación desenfocada del Quijote. A su hábito del ordenado pensar, el reactivo quijotesco del desatado imaginar.

Para los extranjeros sí está bien el Quijote. Que además, como ha dicho un lingüista español, gana traducido.

Pero en España, dos generaciones por lo menos de abstención rigurosa del Quijote y de sus derivados.

M. C.

En esta Sección daremos nota de cuantos libros se nos remitan dos ejemplares, y nos ocuparemos ampliamente de aquellos que, a nuestro juicio, lo merezcan.

A nuestros corresponsales y suscriptores

En nuestro número anterior anunciábamos el envío del presente a reembolso para aquellos suscriptores que aún no hubieran hecho efectivo el importe de su abono; sin embargo, y teniendo en cuenta que esto supondría un gravamen sobre la suscripción y para muchos de ellos supone ya un sacrificio el pago de ésta, sólo lo hemos hecho a aquellos que nos dieron su conformidad, anunciando a los restantes que no recibirán el número 4 de la Revista si antes no han efectuado el giro correspondiente.

Igualmente advertimos a nuestros corresponsales que aún no han girado el importe de los dos paquetes enviados, lo hagan antes del día 10 de agosto próximo; de lo contrario, suspenderemos los envíos.

COMITÉ DE REDACCION:
Mercedes Comaposada Guillén
Amparo Poch y Gascón
Lucía Sánchez Saornil

Madrid.-Paseo de Santa Maria de la Cabeza, 26

Precio de suscripción:
España, Portugal y América.
Semestre, 2,40. Año, 4,80
Para el extranjero añadir importe del franqueo.

40 céntimos

Gráficas Nacional
Abascal, 4. Madrid